

23.º domingo ordinario B

***Decid a los cobardes de corazón:
sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios,
que viene en persona. (Is 35,4)***



Primera lectura

Isaías 35,4-7a

Decid a los cobardes de corazón: – Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará. Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará. Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa; el páramo será un estanque, lo reseco un manantial.

Segunda lectura

Santiago 2,1-5

Hermanos y hermanas: No juntéis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con la acepción de personas. Por ejemplo: Llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos; el otro es un pobre andrajoso. Veis al bien vestido y le decís: – Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado. Al otro, en cambio: – Estate ahí de pie, o: – Siéntate en el suelo. Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos?

Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que le aman?

Evangelio

Marcos 7,31-37

En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. El, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: – Effetá (esto es, "ábrete").

Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad. El les mandó que no lo dijeran a nadie; pero cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: – Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

Meditación

Hemos visto cómo Jesús rehúsa toda apariencia de magia, tanto en los gestos como en las palabras. Por el contrario, en esta curación del sordomudo, parece que todo ocurre como en un caso clásico de taumaturgia mágica: toma aparte al enfermo, le mete los dedos en las orejas, espata y con la saliva le toca la lengua. Precisamente así es como actuaban los antiguos taumaturgos.

Sin embargo, hay que proceder con una clave de lectura completamente distinta, no por prejuicios apologéticos, sino ateniéndonos a los mismos hechos. No podemos olvidar que se trata de un sordomudo, cuya capacidad estaba condicionada por esta mutilación nativa. Jesús no quiere hacer magia, solamente quiere dirigirse a la conciencia de aquél que iba a ser objeto del prodigio. En otros casos bastaban las palabras; aquí, por el contrario, al tratarse de un sordomudo, hacen falta los gestos.

Jesús le toca al enfermo los oídos y la lengua, para decirle con ello que se trataba de la curación de su mal. Y si utiliza el antiguo gesto mágico de tocar con su saliva las partes del cuerpo que, por así decirlo, estaban enfermas, solamente quiere hacer entender al sordomudo que está dispuesto a curarlo. Aun hoy queremos indicar con este gesto a los niños que se les cura una herida.

Como sucede frecuentemente en Marcos, también aquí se da la orden rigurosa de silenciar el milagro. Jesús continúa operando calladamente, para indicar que Dios no quiere este tipo de exhibiciones. Sin embargo, la gente no podía menos que proclamar la propia sorpresa.

Refiriéndose al contenido de esta proclamación popular, Marcos pone de relieve que no se trata de un triunfalismo político-mesiánico, sino de un reconocimiento gozoso de la eficacia desalienante de la presencia del reino de Dios: "Lo ha hecho todo bien: hace incluso oír a los sordos y hablar a los mudos". En la curación de ciegos, sordos y mudos ve la profecía del Antiguo Testamento la llegada de la época mesiánica. Cristo comienza a hacerla presente identificándose con esas limitaciones de la naturaleza y destruyéndolas. Si tenemos fe en él, tenemos que seguir ese camino. Vencer la inclinación natural a identificarnos con los que detentan el prestigio, la influencia y el poder, acercándonos decididamente a los que más necesitan nuestra fe y nuestra ayuda. Sólo entonces empezaremos a estar libres de caer por el plano inclinado de la acepción de personas.

La eficacia de la evangelización en una determinada zona tiene que ser reconocida por su concomitancia solidaria con la realización de todo aquello que saca al hombre de sus alienaciones. Soñar con una evangelización químicamente pura – sin compromiso con el proceso liberador – es la cosa más impura que puede realizar una iglesia y un misionero en su tarea esencial de ofrecer a los hombres la Buena Noticia.